

PINOCHO

AÑO. III
NUM. 129

25 cts

7. AGOSTO
1927



- OYE, PINOCHO. ¿TU CREES QUE CON ESTAS BOLITAS DE NAFTALINA SE PUEDEN MATAR LAS POLILLAS ?
- SEGURO, YO LO HE PROBADO.
- PUES ENTONCES TENDRÁS MEJOR PUNTERÍA QUE YO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL TIGRE DEL MAR

CUENTO POR EMILIO SALGARI



El tigre del mar! Con este nombre suelen denominar los marinos al más terrible enemigo que halla en el Océano.

Así como el tigre es el animal más feroz de la tierra, el tiburón es el más terrible morador de los mares.

Ningún otro le supera, ni aun la misma ballena, con su enorme boca tan grande, que puede tragar una canoa con doce personas embarcadas en ella, se le puede comparar, pues al lado de los tiburones, las ballenas resultan unos mansos corderitos.

Estos escualos se hallan en todos los mares. Lo mismo en los interiores que en pleno Océano, siempre en donde haya posibilidad de poder devorar carne humana.

A pesar de la persecución encarnizada de que le hacen objeto marinos y pescadores, desafían intrépidamente las balas de fusil y los golpes de arpón.

Puede decirse que no hay navío que no lleve de escolta algunos de ellos. Suelen permanecer medio sumergidos, mostrando únicamente parte del dorso; pero en cuanto el cocinero de a bordo echa al mar los desperdicios de comida, se les ve aparecer cerca del timón, con la boca abierta, dispuestos a tragar de un solo bocado todo lo que caiga al agua, aunque sean pedazos de latas de conserva, botellas, zapatos viejos, trapos sucios que han servido para limpiar los metales; todo pasa a través de su garganta, jamás satisfecha de tragar.

Si, por desgracia, cae un hombre al mar, se precipitan sobre la presa humana como si fueran verdaderos tigres. Con unos pocos coletazos llegan y se lanzan sobre el desgraciado, abren las terribles fauces armadas de tres hileras de dientes planos y duros como el acero, y ¡crac!... El hombre desaparece por completo en dos bocados.

Velocísimos nadadores, provistos de potentes armas, impetuosos, voraces, insaciables, persiguen encarnizadamente con la boca abierta la presa que ansian y casi siempre logran alcanzarla.

Su fuerza es extraordinaria y tienen tanta en la cola, que les permite levantarse algunos metros fuera del agua. También se ha visto alguna vez a los tiburones levantarse hasta el pendón del trinquete para morder

un cadáver mandado colgar allí por un capitán negrero.

Y ahora que he explicado la ferocidad de estos animalitos, voy a narrar a mis amiguitos, los pequeños lectores, uno de los casos más terribles, ocurrido hace algunos años en el golfo de Méjico, del cual me enteré al pasar por aquel mismo lugar durante uno de mis viajes por la América Central.

Se trata de uno de los casos más tremendos que se han conocido, y como sé que siempre estáis ávidos de emociones, quiero contároslo.

Si mal no recuerdo, esto acaecía a mediados del año 1889.

Un gran navío español, el *Giralda*, había salido hacia algunas semanas de un puerto del Brasil, para dirigirse directamente a Veracruz.

Era uno de los más hermosos veleros de la flota trasatlántica y además iba a su bordo una tripulación escogida, mandada por el capitán Alvaro Crey, un verdadero lobo de mar, que había dado varias veces la vuelta al mundo.

Desde que habían penetrado en el golfo de Méjico, los marineros habían observado con gran descontento que el barco iba escoltado por una bandada de tiburones de la peor especie.

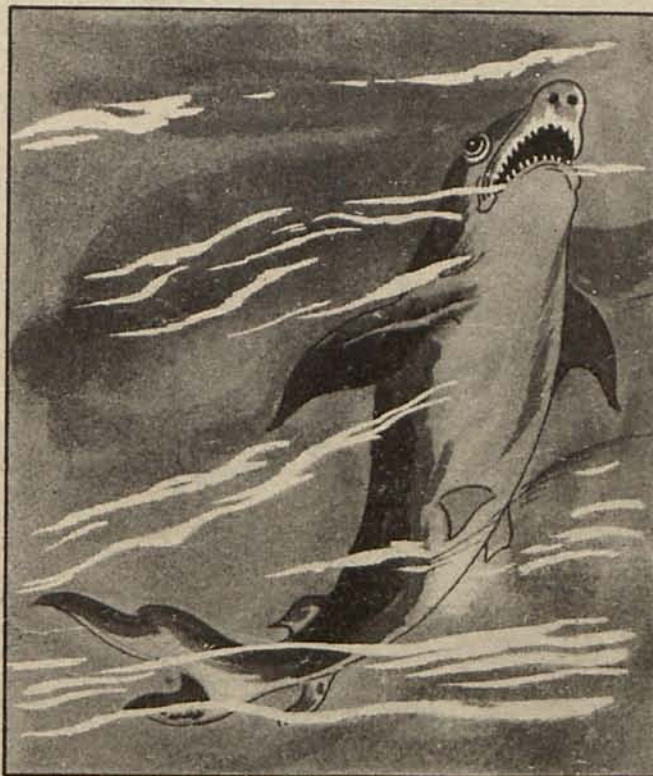
Había una docena, por lo menos, y de una voracidad tal, que cuando el cocinero de a bordo echaba al mar los desperdicios, daban saltos hasta alcanzar casi la banda de popa, para disputárselos.

Aquel número inusitado de escualos no podía por menos de impresionar a los marineros, pues debo observar que es fama que aquellos feroces habitantes del Océano parece que olfatean la desgracia aun antes de ocurrir. La presienten y se afanan entonces aún más en perseguir la nave de la fatalidad.

Así, pues, el *Giralda*, escoltado por aquella guardia feroz dispuesta a todas horas a devorar en dos bocados a los hombres que pudieran caer al agua, había conseguido llegar al golfo de Méjico.

Hasta aquel momento, o sea desde que habían dejado las costas del Brasil, no había ocurrido, afortunadamente, ninguna desgracia a bordo.

El mar, hasta entonces, había permanecido en calma y el viento era favorable; pero he aquí que un mal día, cuando el *Giralda* se hallaba ya en las proximidades de





Puerto Rico, de pronto empieza el cielo a encapotarse y a soplar un airecillo fresco que da una transparencia a la atmósfera tan extraordinaria, que permite distinguir las lejanas montañas de la isla de Cuba.

—Mal síntoma—dijo el capitán, que era un experto del golfo de Méjico—. Me parece que amenaza una gran tempestad.

El lobo de mar no se engañaba. El *Giralda* se hallaba en un sitio peligroso, en donde solía soplar con mayor violencia el furioso huracán.

Las Antillas son las islas más espléndidas del mundo, pero son también las más desgraciadas.

De vez en cuando son batidas por ciclones de una furia tal, que devastan las playas y las tierras del interior, arrasando las plantaciones de caña de azúcar, café y cacao y destruyendo a menudo arrabales enteros.

El viento adquiere allí una fuerza tal, que se ha dado el caso de mover incluso los cañones emplazados en las baterías que defienden la plaza.

Las olas, elevadas a la altura de montañas, rompen contra la costa con tal ímpetu, que llegan a destruir las escolleras, y, en tales casos, ¡ay! de los pobres navios que se hallan en aquellas aguas a merced del viento desencadenado que las va sacudiendo y empujando de levante a poniente.

El capitán del *Giralda*, que durante su ya larga carrera de marino había sorteado más de un ciclón, mandó llamar al contraemaestre, un viejo de barba canosa que tenía también un gran conocimiento de aquel golfo, y, por lo tanto, sus consejos no eran de desdeñar.

—¿Qué opinas tú, Cardal?—le preguntó el capitán—. Esta transparencia del ambiente me da mucho que pensar.

—Anuncia tormenta y ciclón, capitán—respondió el contraemaestre, después de mirar al cielo.

—¿Qué es lo que me aconsejas, entonces?

—Plegar la mayor parte del velamen y procurar buscar refugio. Santiago de Cuba se halla a sesenta millas, y aunque es un puerto de entrada difícil, es el más seguro del golfo de Méjico.

—Pues vamos hacia Santiago, procurando ganar su puerto antes de que nos alcance la tempestad—contestó el capitán.

El viejo Cardal movió la cabeza en gesto de duda, y después, señalando con su mano a los tiburones, que en aquel momento asomaban por estribor, enseñando su enorme garganta, murmuró:

—Me parece que éstos están ya afilando los dientes para comer carne humana.

El *Giralda* había cambiado de ruta, huyendo de las costas de Puerto Rico, que no ofrecían por aquel lado refugio alguno, y se dirigía hacia Cuba, cuyas montañas se divisaban en lontananza a causa del ambiente extraordinariamente transparente.

El pobre navío corría, corría, ansioso de llegar a puerto seguro; pero también corría veloz el huracán viniendo del Atlántico.

Al anochecer faltaban aún treinta millas para llegar a Cuba, y el cielo estaba ya completamente cubierto de

nubes negras como la pez cargadas de agua. El viento soplabá con ráfagas tan violentas, que parecía iba a tronchar la recia arboladura del barco.

A las diez la oscuridad era tan profunda, que los hombres del castillo de proa no podían distinguir a los que maniobraban más allá del palo mayor.

El mar bramaba, lanzando contra el navío olas monstruosas, que unas veces le hacían levantar de popa y otras de proa, arrancándole crujidos que parecían lamentos.

El huracán rugía con furia entre las cuerdas y velas enrolladas.

El capitán se hallaba instalado en el castillo sin apartar la vista de la brújula, mientras que el viejo Cardal estaba abrazado a la rueda del timón.

De vez en cuando parecían consultarse e interrogarse con la mirada, con cierta ansiedad.

—El ciclón se acerca, ¿verdad, amigo mío?—decía el capitán.

—Sí—respondía el contraemaestre—; se nos viene encima.

—¿Crees tú que podremos afrontarlo?

—El *Giralda* es un buen barco, pero...

—Tú no estás tranquilo, Cardal.

—La verdad, capitán, no lo estoy.

—¡Y las costas de Cuba no se divisan aún!

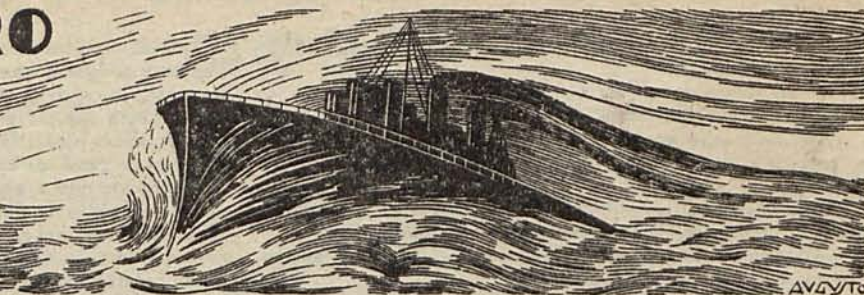
—Santiago tiene un canal muy peligroso para entrar en él empujados por una tempestad.



(Continuará en el número próximo.)

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

El buque pirata no corría, volaba; pero aunque era rapidísima su marcha, no consiguió sustraerse por completo a la luz de los reflectores del buque más cercano que iluminaban el mar.

Ahora bien; este buque había entablado ya conocimiento con el *Crucero sin nombre*, y, si la oscuridad no lo hubiese impedido, hubiera podido leerse bajo el coronamiento de popa un nombre que seguramente no han olvidado nuestros lectores: *Thunderbolt*; y distinguirse sobre el puente de mando a su capitán, acompañado de dos hombres, cuyo aspecto daba a entender que eran extraños al equipo de un buque de guerra.

En el momento que el crucero robado iba a rebasar el punto batido por el flanco del *Thunderbolt*, el comandante de éste profirió una exclamación de furor, y, agarrando por el brazo derecho a uno de los dos desconocidos que le acompañaban, rugió:

—Capitán Davy, es él, le reconozco...

—¿Qué os decía yo?—respondió el padre de Ellen, con aire grave—. Mis presentimientos no me han engañado.

Y vos creíais en una maniobra nocturna de la división inglesa.

—¡El granuja se nos escapa!—gritó el otro desconocido, que era el irlandés Patrick.

—¡Ah, no!—continuó el comandante del *Thunderbolt* con voz tonante—; mi buque completará el desquite que comenzó a tomarse en la Isla Innominada.

¡Hola, marineros, fuego sobre aquel crucero!... ¡Hurra por la vieja Inglaterra!...

Para comprender el significado de las extrañas palabras pronunciadas por el valeroso comandante del *Thunderbolt* y explicar la presencia del capitán Davy y de Patrick a bordo de aquel acorazado encontrado por nosotros por primera vez en condiciones bien distintas, es preciso abandonar por brevísimos momentos esta parte del Océano Pacífico, que quizás va a ser teatro de una rápida y sangrienta tragedia, y trasladarnos a Batavia, precisamente al punto en que habíamos visto al capitán del crucero inglés ocupado en referir al Cónsul británico su poco afortunada persecución.

Los resultados negativos que había obtenido llenaron de una cólera fácil de comprender al Cónsul, al padre de Ellen y al bravo Patrick, que, aunque era irlandés, no simpatizaba mucho con los fenianos, y, por otra parte, no podía perdonar a Alberto Wendover y a sus compañeros el mal que habían hecho a personas que le eran tan queridas.

Una vez desahogada aquella violenta cólera en las más pintorescas imprecaciones de la lengua de John Bull, el Cónsul se dedicó a sus asuntos, dejados en suspenso; el capitán Davy fué a consolarse con su hija, que, en virtud de la cura física y de la alegría moral, se reponía rápidamente; Patrick púsose a pensar.

Esta ocupación, que es siempre útil, siendo a veces fecunda en buenas ideas, no sugirió a nuestro joven amigo más que la más sencilla de todas: la de volver a bordo del

Standard, el velero que le había recogido, con miss Ellen, en la isla de San Bartolomé.

¿No debía, acaso, él, como buen marinero, una visita de despedida al capitán del *Standard* y a los hombres de su tripulación, que le habían tratado como a un buen camarada?

Debía hacerla y allá fué. Al despedirse de aquellas buenas gentes vió que observaban el mar con cierta curiosidad.

Miró él también en aquella dirección y dióse entonces cuenta de que el objeto, o, mejor aún, los objetos de tal curiosidad eran seis buques de guerra que ostentaban la bandera inglesa, que habían aparecido hacía algunos minutos frente a Batavia.

—Bien—exclamó el joven, sonriendo—; toda la escuadra inglesa se ha citado en la capital de Java, según parece.

—Es verdad—repuso el capitán del *Standard*—. Primero, el príncipe de Gales con su división de escolta; ahora, éstos.

—Bien pudiera ser una retaguardia—observó el segundo oficial.

—O quizás la escuadra del Pacífico.

—¡Eh, eh!...

—Hermosos barcos, por lo demás—continuó Patrick, pensativo—. Tres acorazados, dos cruceros de primera clase y un crucero protegido... ¡Caramba, si los tuviésemos a nuestra disposición, qué golpe para aquel canalla!...

Se interrumpió e hizo un gesto de sorpresa, mezclada de cierta satisfacción.

Un joven de la tripulación había exclamado:

—¡Cuerpo de mil artilleros!... Yo conozco aquel acorazado: es el *Thunderbolt*, donde serví como marino.

¡Buenos tiempos aquéllos! Teníamos un comandante bueno como el pan y valiente como él solo, el cual acostumbraba a decir: «cuerpo de mil artilleros!», y parecía que nos iba a comer, cuando se enfurecía, se entiendo, y a veces...

Patrick no escuchaba ya la charla del locuaz marinero; habíasele puesto en la cabeza un nuevo pensamiento; un nuevo plan trazaba en su mente.

—¡Cuerpo de mil artilleros!—murmuró—. Un hombre que lanza tales exclamaciones es el que nos hace falta, tanto más si es el comandante de aquel *Thunderbolt* que quedó tan mal parado por la artillería del crucero robado, y que recogió a bordo a mi capitán. Debe estar deseando vengarse...

Vaya: una idea que creo dará buen resultado; vamos a comunicarla a nuestros amigos.

El joven abandonó al *Standard* y volvió al Consulado inglés.

—Ha llegado otra división naval—dijo al Cónsul y al capitán Davy, que le interrogaban con la mirada.

—¿De qué bandera?

—Inglesa.

—¡Ah, bien!

—¿No os sugiere nada este hecho?

—¿Cómo?

—Entre los seis buques que la componen, hay un acorazado llamado *Thunderbolt*.

El capitán Davy se sobresaltó y miró a la cara a su marinero, que prosiguió con una leve sonrisa:

—Esta circunstancia, tan simple en apariencia, me ha sugerido una idea.

—Te escuchamos, Patrick.

—Explicáos, marinero.

—Con mucho gusto: se trata de dar un golpe terrible a los piratas del *Crucero sin nombre*.

—¿Y de qué modo?

—Destruyendo su puerto de refugio, la isla desconocida, donde se acogen siempre que la necesidad les obliga.

Magnífico plan, ¿pero cómo efectuarlo...? Vos mismo decid que esa isla es desconocida.

Es verdad—repuso Patrick, con aire de triunfo, a tan acertada observación del Cónsul inglés—. Es verdad, pero yo he visto en el camarote de Alberto Wendover, a bordo de aquel barco endemoniado, el plano de esa isla; he podido observar sus contornos, ver que se encuentra situada en el Océano Pacífico, y, si bien es cierto que no pude cerciorarme de la longitud, puedo asegurar que se encuentra a los 23° 10' paralelo sur; lo recuerdo perfectamente.

—¡Diablo!—murmuró el Cónsul—; la cosa merece ser tomada en consideración.

—Atended todavía un momento, os lo ruego.

—Os escuchamos.

—Si una fuerte división naval—continuó Patrick—recorriese el Océano Pacífico, manteniéndose siempre bajo el grado 23° 10', latitud meridional, fuera de la ruta habitualmente seguida, de modo que abarcase toda la extensión comprendida en dicho paralelo, permaneciendo los barcos siempre a vista unos de otros, creo que sería fácil descubrir la misteriosa isla de esos malhechores, apoderarnos de ella o bombardearla hasta dejarla inservible para lo sucesivo.

De este modo, el *Crucero sin nombre*, falto de su base de operaciones, no tardaría en caer en poder de cualquier escuadra lanzada contra él.

¿Qué os parece?

El Cónsul inglés y el capitán Davy se miraron; luego estrecharon la mano al valiente joven.

El resultado de esta conversación fué el que se puede suponer.

El Cónsul fué a bordo del *Thunderbolt*, en compañía de sus dos amigos; expuso al comandante la idea de Patrick, y todo quedó combinado.

Miss Ellen quedó en Batavia al cuidado del Cónsul inglés y de su esposa, que había llegado aquel mismo día de Buitenzorg, donde veraneaba con la familia del gobernador; los seis buques ingleses pusieron en camino para tan singular expedición, llevando a la cabeza al *Thunderbolt*, que conducía a bordo al capitán Davy y a Patrick.

Creemos oportuno abreviar nuestro relato suprimiendo los detalles minuciosos de esta campaña: la Isla Innominada, en tanto que Alberto Wendover se dirigía a Sydney con su potente crucero, fué descubierta y furiosamente bombardeada.

Sabemos ya que sus costas eran escarpadas, que su bahía era casi impracticable, defendida por minas submarinas; pero los buques ingleses cuyos comandantes eran prudentes por experiencia, no se dejaron seducir por el deseo de entrar en ella a viva fuerza, contentándose con cubrir la costa de una lluvia de hierro y de fuego, destruyendo los talleres, las viviendas y los almacenes.

Resistía muy bien la batería de 152, emplazada, según se dijo, en la parte superior del macizo, que cerraba la bahía, disimulada de forma, que era invisible por la parte del Océano.

Algunos barcos hubieron de gustar el sabor de sus proyectiles; pero la fortuna, después de haberles protegido durante mucho tiempo, se había vuelto decididamente en contra de los fenianos.

Algunos disparos bien dirigidos por los cañones de grueso calibre del *Thunderbolt*, pusieron al descubierto la formidable batería, que no tardó en ser reducida al silencio y destruida por el fuego concentrado de toda la escuadra.

Patrick, que no veía en aquellos hombres más que malhechores vulgares que habían hecho verter lágrimas a los hermosos ojos de miss Ellen, tuvo el honor de apuntar varias veces una pieza del *Thunderbolt* contra aquel último baluarte de la piratería, y lo hizo con tal éxito, que el valiente joven se ganó los aplausos de los marineros ingleses.

Es posible que a alguien parezca antipatriótica la conducta del bueno de Patrick, pero, lo repetimos, es preciso considerar que, aun admitiendo que él conociese el fin generoso que impulsaba a Alberto Wendover y a sus fenianos, podía creerlo un pretexto para disimular sus hazañas, las cuales tenían toda la apariencia de verdaderos delitos, y nuestro joven tenía un alma muy recta y... ¡estaba enamorado!

Destruído el refugio del *Crucero sin nombre*, los buques ingleses efectuaron un desembarco para apoderarse de los supervivientes.

No encontraron más que cadáveres.

Todos habían muerto de cara al enemigo, firmes en su puesto, como verdaderos héroes.

De tal acontecimiento, como de los otros que constituyen el asunto de nuestra narración, no hay apenas noticias en los diarios de la época; y los sucesos de que hicieron mención las gacetas inglesas o americanas fueron siempre calificados de *canards* nacidos de la fantasía de cualquier periodista falto de noticias sensacionales.

Pero ya hemos explicado el motivo: el Gobierno inglés había adoptado el sistema de negarlo todo, encerrando, en los secretos rincones del Archivo de Marina, las memorias enviadas sobre tal asunto por los comandantes de los barcos y los representantes ingleses.

Dejando la Isla Innominada, la escuadra inglesa se dirigió a Sydney, donde quiso el destino que llegase a tiempo de impedir la audaz tentativa de Alberto Wendover.

..

A la vibrante voz de mando del capitán del *Thunderbolt*, siguieron algunos instantes de espera llenos de ansiedad y de temor.

El *Crucero sin nombre* huía a toda máquina, pasando como un fantasma monstruoso a través de las fajas luminosas que dirigían sobre él, semejantes a enormes brazos de fuego blanco, los reflectores.

De pronto, un formidable estallido, un estruendo terrible de artillería, como si el mundo se desplomase, retumbó en derredor.

Vióse al *Thunderbolt* cubrirse de fulgores sangrientos, envolverse en nubes de humo, luego detenerse en medio de ensordecedora gritería.

Los dos implacables adversarios se habían batido.

¿De cuál de los dos sería la victoria?

VI

DE LA GUERRA A LA PAZ



1. *Crucero sin nombre* y el *Thunderbolt* habíanse atacado mutuamente a tan poca distancia y con tan buena puntería, que no podía caber duda sobre los efectos de aquella lucha, rápida como el fulgor de los cañones y fiera como un odio inextinguible. Ambos barcos habían sido heridos; el crucero inglés tan gravemente, que no pudo seguir al enemigo, lanzado a todo vapor hacia alta mar, en el que grandes montones de nubes, cargadas de electricidad y precursoras de un próximo huracán, pasaban tocando casi los blancos rizos de las olas, ya encrespadas y rugientes.

(Continuará en el número próximo).



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Que sea enhorabuena, querido Chonón. Ya sé que te han regalado un magnífico gramófono y que te pasas el día poniendo discos y más discos.

—Es verdad, amigo buho. ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he leído en el periódico.

—¿Es que me quieres tomar el pelo?

—Te aseguro que no. Anoche leí en el periódico una queja de varios vecinos de tu casa lamentándose de que el niño Chonón los tenía locos con las voces que daba un gramófono que le habían regalado.

—Ya veo que hoy vienes con ganitas de bromas.

—No es broma. Te lo aseguro muy formalmente. Tú sabrás si, en efecto, has dado o no motivo para la queja.

—¡Hombre! Te diré... Desde que me han traído el gramófono lo estoy tocando a todas horas; pero no es por divertirme, sino por averiguar de dónde, cómo y por qué sale la voz tan divinamente bien que parece realmente que hay alguien dentro que habla y canta. Esto me trae preocupado desde que tengo en casa el aparato parlante, y hasta que no averigüe el por qué de este fenómeno van a tener los vecinos que aguantar la murga. Lo siento, pero tú ya sabes que soy algo terco en conseguir mis propósitos.

—Pero no es justo que los vecinos paguen el pato.

—Pues la cosa tiene remedio si tú, con tu infinita sabiduría, me aclaras el misterio. No viviré tranquilo mientras yo no sepa de dónde sale esa voz que me atruena la casa. Yo creo que, si continuase mi ignorancia, acabaría metiéndome por la bocina adentro.

—No hace falta, Chononcito. Préstame atención y verás con qué facilidad revelamos el secreto del gramófono.

—Soy todo oídos.

—En una de las anteriores conversaciones hablamos de las ondas sonoras. ¿No recuerdas?

—Perfectamente. Me dijiste que el sonido era una vibración del aire y que esta vibración producía esas ondas sonoras.

—¿Y recuerdas por qué se oyen los sonidos?

—Porque las ondas sonoras, al chocar en nuestros oídos, hacen vibrar una membrana llamada tímpano, produciendo en el cerebro la sensación auditiva que nos hace percibir los sonidos y los ruidos.

—Muy bien. Pues imagínate ahora que hablamos o cantamos delante del parche de un tambor. ¿Qué ocurriría?

—Que las ondas sonoras chocarán contra el parche y lo harán vibrar lo mismo que vibra el tímpano de nuestro oído.

—Pues ahora supongamos que en el centro de ese parche fijas una aguja por el extremo opuesto a la punta y que ésta la apoyas ligeramente sobre un disco de cera que dé vueltas al mismo tiempo que se está hablando o cantado. El parche, al impulso de las ondas sonoras, vibrará, y la aguja, por efecto de esta vibración, irá grabando con su punta la superficie del disco de cera, en donde quedará señalado un pequeño surco.

—Lo entiendo perfectamente. Es como si el sonido quedase escrito en el disco de cera.

—Precisamente eso es lo que ocurre, querido Chonón. El sonido queda impresionado en la cera. De aquí el nombre de gramófono, que quiere decir *escribir* (gramo o gráfico) y *sonido* (fono).

—Hasta ahora me doy perfecta cuenta; pero queda lo más importante: saber cómo el sonido vuelve a reproducirse.

—Vamos ahora a hacer la operación al revés. Apoyemos la aguja que hay en el centro del parche sobre el principio del surco abierto en la cera y hagamos girar el disco. La aguja, al seguir las ondulaciones del disco, imprimirá al parche la misma serie de vibraciones que antes se grabaron en la cera, y estas vibraciones originarán en el aire ondas sonoras idénticas a las que produce la voz o el canto.

—Me has convencido, sabio buho; pero he de decirte que en mi gramófono no hay ningún tambor.

—Pero hay una cosa equivalente al parche de que hemos hablado. Es una finísima hoja de mica, en cuyo centro está el soporte de las agujas. Es ese pequeño disco que parece de cristal y que se llama diafragma.

—¿Y la bocina, para qué sirve?

—Para aumentar la intensidad de los sonidos. Si hablas por el extremo estrecho de una bocina notarás que la voz se agranda considerablemente.

—Entonces ahora me explico por qué cuando queremos que nos oigan a distancia nos colocamos las manos a ambos lados de la boca. Es que improvisamos una pequeña bocina.

—¿Y tú sabes quién fué el inventor del gramófono?

—Espera que haga memoria.

—El mismo sabio a quien se debe el teléfono, la lámpara eléctrica, el cinematógrafo, el tranvía eléctrico, el megáfono y tantos otros admirables inventos tan útiles para la Humanidad.

—No digas más: Edison.

—El mismo.

Cuarto Gran Sorteo de Regalos para todos los Pinochistas

Pueden tomar parte en este sorteo no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirnoslos en la forma que entonces explicaremos. Por cada cupón que falte habrá que pagar un real, de modo que tened buen cuidado y guardarlos bien para que no falte ninguno al final.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la Lotería de Navidad, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS**.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.

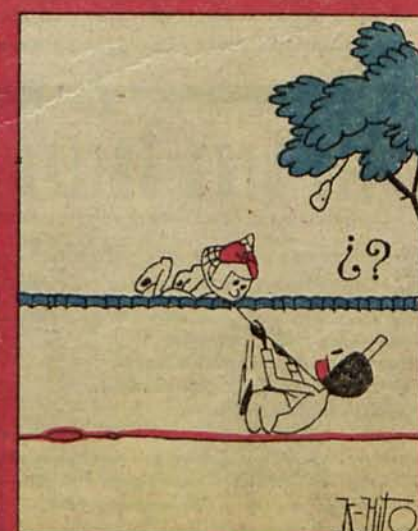
PINOCHO

SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 9



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





CUENTOS DE CALLEJA

LOS SALTIMBANQUIS

Casallo

VESTIDOS de titiriteros recorrían las calles de la corte tres niños desmedrados y enfermizos que apenas encubrían con pintarrajeados harapos el cuerpo, consumido por la fatiga y anémico por los ayunos.

Aquella gente menuda practicaba al aire libre y sobre dos sillas sus fatigosos ejercicios.

La *troupe* se componía de dos niñas y un niño. Este contaría unos doce años y aún parecía más joven; aquéllas podrían tener nueve o diez.

No era necesario preguntar si eran hermanos. Los rasgos característicos de sus fisonomías lo revelaban perfectamente.

Se detuvieron en un paseo y se prepararon para el trabajo.

Un corro muy nutrido se formó inmediatamente.

Una de las niñas, la menor, redobló su viejo tambor, en tanto que sus dos hermanos, con los brazos cruzados y en actitud arrogante, hablaban entre sí.

Quien hubiese estado cerca de ellos habría podido sorprender este diálogo:

—¿Cuánto hemos recogido hoy?
—preguntó en voz baja el muchacho.

—Ya tenemos dos reales y diez céntimos.

—Si ahora sacáramos otro tanto, éramos felices. Esta noche cenábamos *al pelo*.

—Pues de ti depende. Resiste cuanto puedas la plancha de riñones, y tal vez el público...

—Es que estoy desfallecido; todo el día trabajando y sin comer más que un pedazo de pan...

En esto cesó el tambor y aquellos diminutos volatineros interrumpieron su conversación para saludar al respetable público y comenzar sus ejercicios.

Primer número del programa: flexiones y vueltas, ejecutadas por la artista Teresa.

La pequeñuela obtuvo aplausos. Hizo magníficas flexiones y terminó con una vuelta elegantísima.

Segundo número: saltos mortales. Este ejercicio es-

taba a cargo del *director* de la compañía, que lo hizo muy a gusto de los espectadores.

Y después de unas cuantas piruetas de la muchacha llegó el efectazo, el trabajo de sensación: la plancha de riñones.

Antonio, que así se llamaba el menudo artista encargado de este número, contrajo sus músculos con energía desesperada. Sus manos se le agarrotaron, aferradas al respaldo de las sillas, su rostro se inyectó por la violencia del esfuerzo, y así pasaron diez, quince, veinte segundos, hasta que la fatiga le venció y cayó al suelo medio desvanecido.

Los espectadores caritativos le ayudaron a levantar; algunos echaron monedas en la bandeja que una de las niñas presentaba, y otros, los más, pasearon su indiferente mirada por el corro y se fueron a sus quehaceres. A pesar del incidente y del cansancio, el trabajo continuó.

La otra niña, que hacía de *clown* de la compañía, dando unas graciosas vueltas, anunció que iba a realizar una hazaña pintoresca, pues de una bofetada, aplicada en la boca de su hermano,

le había de sacar una muela por el cogote.

El público rompió a reír al ver que aquella tierna criatura hacía tan fanfarrón alarde; pero aún rió más al ver que, simulando dar un bofetón a su hermanito, le extrajo con la otra mano una muela que por el tamaño lo menos era de burro y no de los pequeños.

Una mujer sencilla, que estaba en el corro, tomó tan en veras la broma de la artista, que exclamó:

—¡Pobrecito! ¡Cómo le habrá dolido al atravesarle el hueso!

Ínutil es decir la tempestad de risas que allí se armó, no faltando burlones que proponían le sacaran a ella toda la dentadura, ante cuya amenaza la inocente mujer se marchó rápidamente del corro, un tanto picada de lo que allí ocurriera.





Un zagalón, medio golfo, medio chulo, se acercó al grupo y, al ver a los minúsculos artistas, quiso burlarse de ellos y abusar de su superioridad física; comenzó por mofarse de cuanto hacían, y, viendo que se le despreciaba, empezó a tirar chinitas a la pequeña, la que hacía de *clown*. Volvió ésta sus ojos suplicantes hacia el estúpido mozalbete; pero éste, sin hacer caso de aquella muda demanda, repitió la operación, hasta que el *director* de la compañía, el pobre Antonio, lo notó y, dirigiéndose a él cortésmente, le habló así:

—Nosotros nos ganamos la vida como podemos, sin ofender a nadie, y es una crueldad venir a molestarlos. Ruego a usted que nos deje en paz, quedándose o marchándose.

El golfo, lejos de rendirse a tales razones, comenzó a insultarle con frases groseras y violentos ademanes, llegando al punto de pegar al desgraciado artista. Aquí la paciencia del muchacho se agotó, y, antes de que el indignado público interviniera, propinó a su ofensor dos soberbias bofetadas, que por poco fueron de las que sacan las muelas por el cogote, pero de verdad, no de mentirijillas. Por si esto no era bastante, casi todos los presentes se lanzaron sobre el malvado joven y empezaron a darle golpes con tal gana, que los bofetones, los bastonazos y puntapiés cayeron en apretada lluvia sobre su cuerpo. Ya en el suelo, lo hubiera pasado muy mal sin la generosa intervención de Antonio, que, arrancándole de las manos que le castigaban, le puso en salvo, oponiéndose a que le persiguieran.

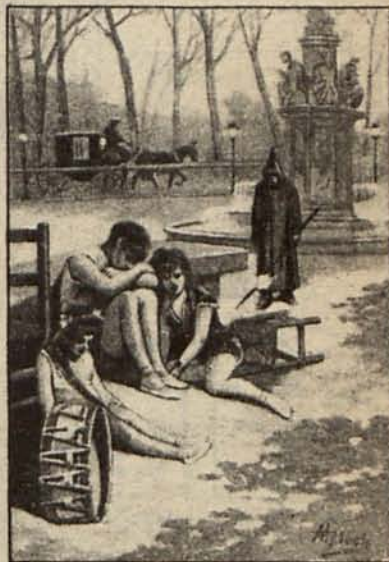
Oscurecía. Aquel se día había terminado el trabajo, hasta la mañana siguiente.

Con el ronco tambor colgado a la espalda y las desvencijadas sillas al hombro, aquellos desdichados disponíanse a proseguir su camino. ¿Dónde irían? ¡No lo sabían! Durante unos minutos estuvieron indecisos en la elección del camino; al fin avanzaron hacia la Puerta de Atocha, comprando provisiones. Ya de noche, acampaban en un banco de piedra del paseo del Prado. El duro asiento les sirvió de mesa y de cama.



¡Y cuidado que hacía frío aquella noche!

Después del refrigerio se acostaron, muy acurrucaditos, al lado del banco protector, que ofrecía algo así como la ilusión de un abrigo. Y allí, ¡mentira, parece, se durmieron! Y soñaron, ¡vaya si soñaron! Los sueños relajaron los músculos, contraídos por el frío, y se iluminaron aquellas hermosas caritas con una sonrisa. El ángel de los sueños gratos derramaba su cáliz por entero en aquellos corazones. Sus padres habían resucitado; su madrecita los tenía acostados en una cama limpia y blanda, y a los trajes míseros y andrajosos sustituían otros flamantes, bordados de lentejuelas de oro y de sedas de colores. Eran grandes



artistas y ganaban dinero a montones. Julia y Teresa, sobre todo, habían logrado realizar su ideal: comprar una hermosa muñeca, juguete que no habían visto en sus manos desde que murió su pobre madre.

En lo más agradable de estos ensueños, sonó la áspera voz del sereno, que decía:

—¡Arriba, gandules! ¡A otra parte con la borrachera!

De pronto, la errática luz de su farol besó aquellos rostros, pálidos por la fatiga y demacrados por el hambre, y el sereno, a pesar de su rudeza, sintió que de los ojos pugnaban por saltársele las lágrimas.

—¡Pobrecillos! —exclamó—. ¡Qué frío deben tener!

Sólo vaciló un instante, el preciso para acordarse de su hijo, y quitándose el capote cubrió con él los ateridos cuerpos de aquellos tres ángeles.

Y, sentándose al lado de aquel grupo hechicero, veló por el sueño de los desventurados artistas acrobáticos.

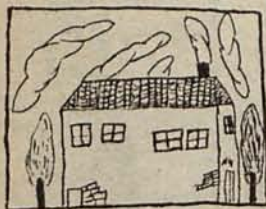
Interrumpió el silencio de la noche el ruido de un carruaje. Detúvose éste y descendió de él una señora que preguntó al sereno quiénes eran aquellos infelices. Enterada de todo, se los llevó en su carruaje, y no los abandonó jamás. Gracias a su protectora, que no omitió medios para educarles e instruirles, los tres hermanos pudieron realizar su sueño de grandes artistas.

FIN

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección, pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



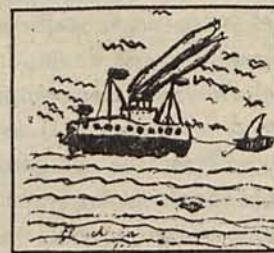
Un hotel.
ARTURO LAPLANA.



Pinocho, mandarin.
MALENCIM.-Diez años.



Dos bonitos trajes.
MANUEL N. MOLINA.



Un trasatlántico.
SARITA BORRELL.



¿Lo conocéis?
EMILIA MARTÍNEZ



Contrastes.
J. PAREDES.



Currinche.
P. MUÑOZ.



Tom Mix.
J. ORDEN.



Casa de campo.
MARÍA L. FERRER.



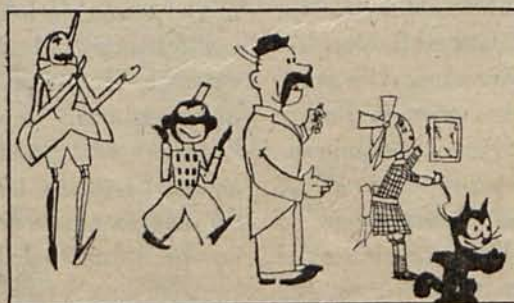
Mi hermanita.
SIMÓN SERRANO.



Chonón.
R. JUGO.



Retratos.
LEOPOLDO O'DONELL.



Mis mejores amigos.
ELENA MATA.



Potipán.
ROSARIO LOSADA.



Don Turulato.
G. MUGURUZA.



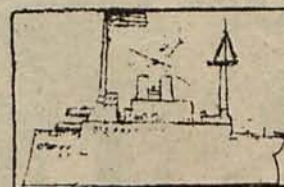
Pinocho en un botijo
VICENTE PEDRERA.



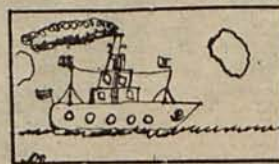
La luna.
JUAN BOFILL.



¡Ya llegó el PINOCHO!
LUISITA CHÁVEZ



El rey del mar.
JOSÉ ALEMANY.



El Blas de Lezo.
MARTÍN LILLO.—Ocho años.

Sóñar despierto.
Mi lección de Historia para el día siguiente era larga y difícil. Me había costado mucho aprenderla, y para despejarme salí a dar un pequeño paseo por la playa. Llegué a ella en un buen momento. El sol se estaba acostando; el horizonte aparecía teñido de púrpura, que se iba fundiendo suavemente en el azul. Presto unas nubes que velozmente corrían en sentido paralelo, como si se persiguieran, me dieron la idea de algo que vivía, y bajo la impresión todavía de mi lección de Historia, se me antojó ver dos caballeros que sobre sus caballos, medio cubiertos de hierro y con vistosas gualdrapas, parecían acometerse en disputa lo torneo.

Llevaba uno de ellos blanca armadura y penacho blanco; el otro, armadura negra y airón de muchos colores. Se distanciaban unas veces, se acometían otras; los caballos se encabritaban.

No sé por qué, pero me interesaba por el caballero blanco y hacia para que triunfara en la lucha. ¿Qué se disputaban los caballeros? No me importaba; pero estaba seguro de que el caballero blanco tenía razón y debía triunfar.

Por fin llegó un momento en que el caballero blanco alcanzó con su lanza al caballero negro, derribándole malherido.

Estaba tan convencido de la realidad de lo que veía, que me asusté mucho; hice un movimiento brusco, tropecé con una roca y caí de bruces sobre la arena. Entonces me di cuenta de que la realidad había borrado la visión fantástica y me había hecho comprender que para caminar sobre la tierra es peligroso mirar demasiado a las nubes y que puede aprenderse esta verdad a costa de nuestras narices.

SALVADOR SAMÁ.
Catorce años. Barcelona.

El niño goloso.

Antoñito era un niño muy goloso. Cierta día estaba muy contento porque al siguiente era el santo de su papá y llevaban muchos dulces a su casa para celebrarlo.

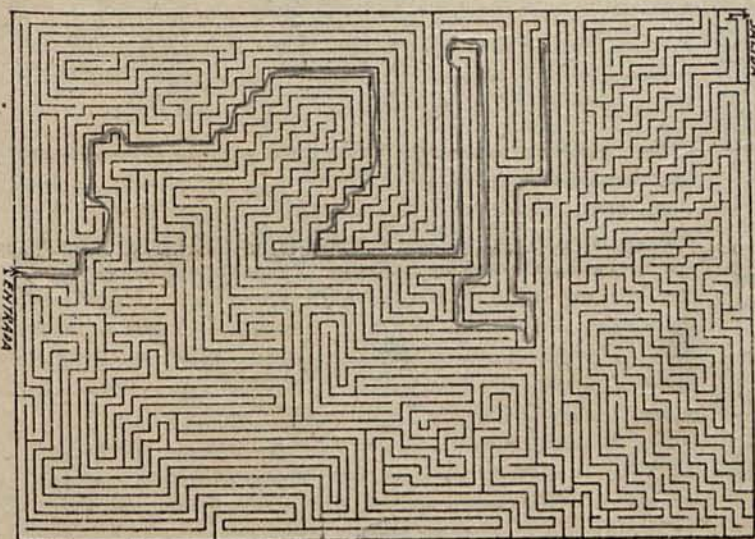
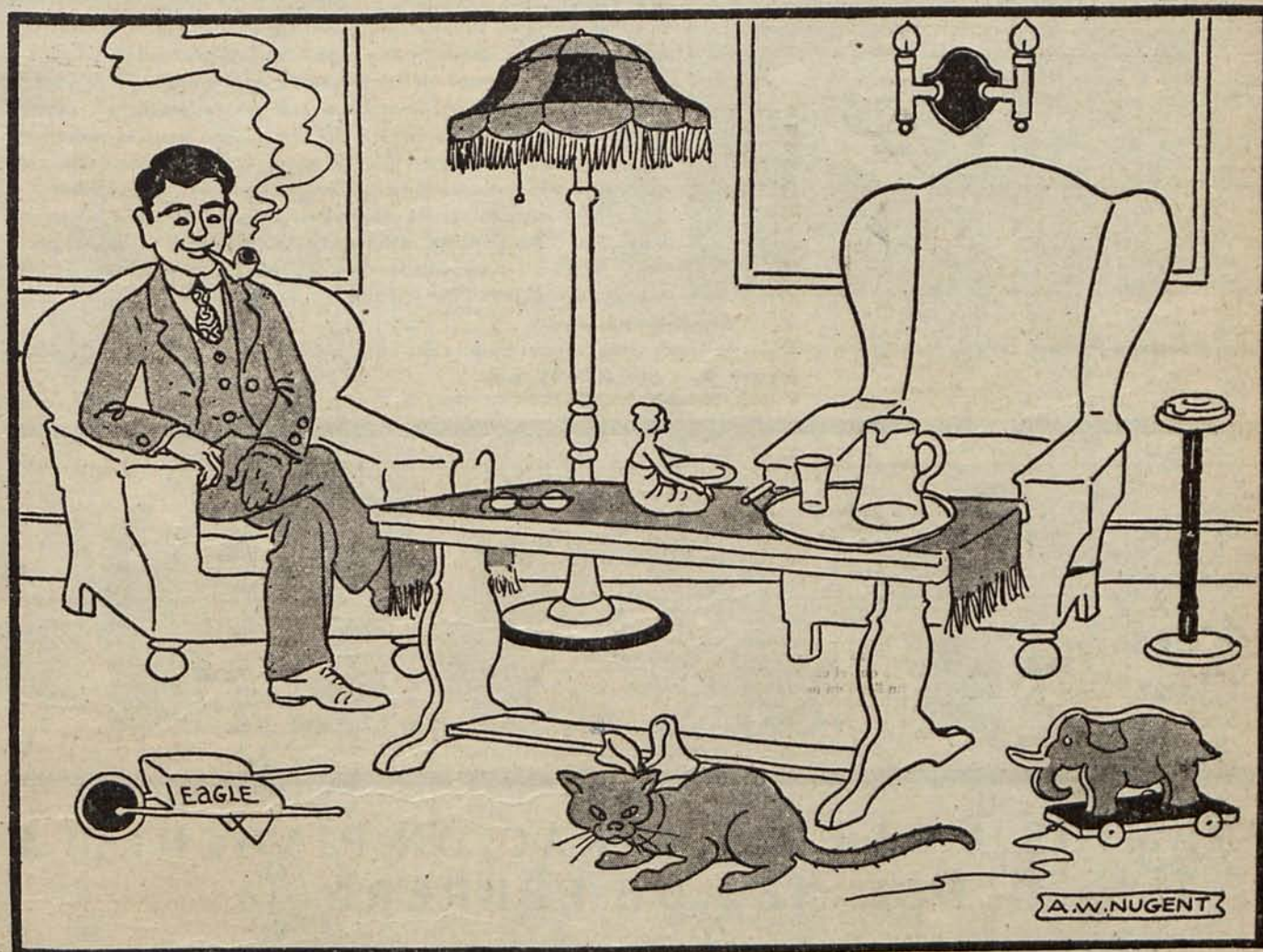
Antoñito pidió permiso a su mamá para irse a la cama para que pasara el tiempo que faltaba para el día siguiente más pronto. Su mamá le dijo que si y Antoñito se acostó. Al poco rato se le apareció una hermosa hada, que le dijo: «Pídemelo lo que quieras». Antoñito le dijo que quería estar comiendo dulces toda su vida. No gustó al hada aquella petición, pero le dijo: «Sígueme». Antoñito, detrás del hada, llegó a una habitación llena de dulces y, contentísimo, se puso a comer. Pero al cabo de un rato empezó a dolerle el vientre y dijo al hada que no quería comer más dulces; pero le dijo el hada que no podía ser, porque había dicho que los quería estar comiendo siempre. Empezaron a entrarle dulces por la boca a Antoñito, el cual, llorando, dijo al hada que si se compadecía de él y le quitaba el dolor no sería más goloso; pero el hada le dijo que no podía ser, pues aquel era el castigo a su glotonería. Empezó Antoñito a dar gritos y se despertó en su cama, viendo que todo había sido un sueño; pero, por si acaso, se corrigió de su glotonería, pues pensaba que a veces son los sueños avisos de Dios y que a quien come mucho le dan indigestiones.

ANTONIO CARBAJAL.
Nueve años. Madrid.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Pues señor, estamos en el cuarto de papá. Acaba de desayunar; aún se ve el vaso y la jarra de la leche sobre la bandeja. Juanito ha estado jugando y se ha dejado los juguetes, porque su mamá le ha llamado para lavarle los carrillos, que los tenía manchados de chocolate. El papá de Juanito contempla los juguetes y sonríe. Sin duda recuerda cuando él era niño. El dibujante se ha enternecido y ha sorprendido este bello cuadro; pero, como siempre, se ha colado ocho veces. Uno de los ocho errores es que el tablero del elefante no tiene más que tres ruedas. ¿Cuáles son los otros siete?

LABERINTO

Si entrando por la puerta de entrada conseguís salir por la de salida, me habréis demostrado que sois chicos listisimos, pues que sois listos ya lo sabía. Marcad el itinerario sobre el adjunto laberinto y mandádmelo en unión de los demás trabajos del mes.

VIDA PINOCHISTA



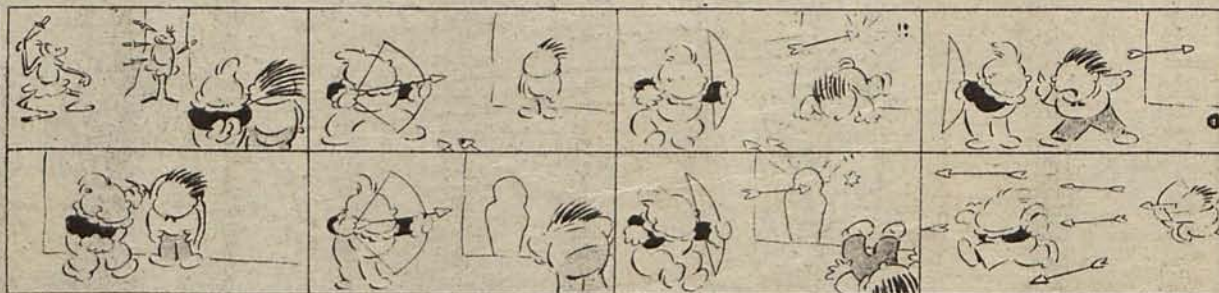
He aquí una interesante fotografía del formidable equipo de fútbol del CLUB SOCIAL Y DEPORTIVO «PINOCHO» DE BUENOS AIRES, simpática agrupación de entusiastas pinochistas que está conquistando cada día nuevos laureles para galardón de su escudo. «Nosotros —nos dicen— proseguiremos con empeño y entusiasmo la lucha hace casi dos años comenzada, por demostrar que PINOCHO tiene, hasta en las orillas del Río de la Plata grandes amigos que lo estiman y lo quieren con una sinceridad jamás puesta en duda por nadie.»

PINOCHO corresponde por su parte a estas inequívocas pruebas de estimación felicitando públicamente a estos grandes amigos y alentándoles para que sigan cosechando triunfos tan valiosos como el conseguido últimamente sobre el equipo «San Salvador» que les ha valido una magnífica copa y los comentarios más honrosos de la prensa bonaerense.

En la presente fotografía aparecen de pie y de izquierda a derecha, Bagó, Scaraville, Cortiñas, Molinari, Cazalla, Bodratti y Tejeiro (presidente del Club), y arrodillados, Zugasti, Herráiz, Delgado (con el niño mascota del equipo), Flint y Pellini.

José Paredes Puche, calle de Madrid, 6 y 8, en Murcia, desea tener correspondencia con otro pinochista de Madrid, Valencia o Barcelona, de su edad (14 a 15 años).

¿QUÉ
PINOCHISTA
QUIERE
DIBUJAR
LAS CARAS
DE LOS
PERSONAJES
DE ESTA
HISTORIETA?



PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE FEBRERO

NÚMEROS 103, 104, 105, Y 106

PREMIOS, consistentes en libros de **Cuentos de Calleja**.

Cuentos.—Primer premio: Eduardo Martínez, Madrid. Segundo premio: Mariita Rodríguez, Madrid.

Dibujos.—Primer premio: Benito Novella, Valencia. Segundo premio: José M.^a Borrell, Escorial.

Chistes.—Primer premio: Carlos Sabau y Bergamín, Madrid. Segundo premio: Enrique González.

ACCÉSITS CON DIPLOMA, consistentes en un Diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Cuentos.—María Teresa Urrutia, Valladolid; Francisco Trigo, Valencia; Víctor Fernández, Carmen Fernández, Enrique Sánchez, Consuelo Fajardo.

Dibujos.—Lolita Rodríguez, Pepín Cáceres, G. M. H., Manuel Salvadores, Gabriel Monje, Manuel Nieto, Emilio Muñoz Cobo, José Luiña, Agustín Mora, Lucía Casado, Lolita Arenas, Augusto Fernández, César F. Luengo, Miguel Almiñana, Lolita de Gorostiza,

E. H. R., Isabel Fernández, Carmen Urrutia, Isidro García, Ignacio Alfaro, Coco Gracia, Emilia Martínez, Jesusa Morales, José Miguel Lizno, Jaime de Piniés, José Llorent, A. Pellico, Lily Morán.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

POTIPÁN Y CAÑAMÓN



PINOCHO

PRESENTA EL ESTUPENDISIMO DRAMA DE AVENTURAS
Y PELIGROS, TITULADO

"POLITO EN LA CIUDAD DE ORO"

¡EMOCIÓN! ¡VALOR! ¡MISTERIO!

BIM; TIO DE POLITO, QUE GASTA SUS MILLONES EN MOVILIZAR DIRIGIBLES Y AEROPLANOS PARA BUSCAR A SU SOBRINO.

LA VALIENTE PALOMA MENSAJE RA QUE LLEVÓ EL GRITO DE AUXILIO.

DE POLITO A TRAVÉS DE MARES Y MONTAÑAS.

EL BUSCADOR DE ORO QUE ENTREGÓ A POLITO EL PLANO DE LA CIUDAD DE ORO, SOLO REPITE "ORO" ORO.

SAM, SAM VIEJO MARINO QUE NOTEMERECER NADA EN LA TIERRA NI EN EL MAR.

EL SABIO CHINITO

TODO PRUDENCIA Y SABIDURIA

LA VIEJA MAGA "MARAVILLA" A QUIEN CONSULTA POLITO.

EL CASI BORRADO PLANO QUE GUARDA EL SECRETO DE LA CIUDAD DE ORO.

POLITO. HÉROE DE LA AVENTURA - EL NIÑO MÁS BUSCADO DEL MUNDO.

PUERTA DE LA CIUDAD DE ORO DONDE SE ENCIERRAN TESOROS DE INCALCULABLE VALOR. ¿LLEGARÁN A ELLA EL "LOBO" Y SU BANDA?

LOS PADRES DE POLITO QUE CREEN QUE SU HIJO ESTÁ CON SU TIO

BIM, ¿SI SUPERAR LA SUERTE QUE CORRE POLITO!

EL "LOBO" JEFE DE UNA TERRIBLE BANDA QUE PERSIGUE A POLITO Y A SUS AMIGOS PARA APODERARSE DEL PLANO DE LA CIUDAD DE ORO.

¡COMENZARÁ EN EL NÚMERO PRÓXIMO!